Ana pedagoga

Mostróse Ana en este oficio excelente pedagoga; pues sus consejos y ejemplos tanto pudieron en el ánimo de doña Luisa que, sin miras a los grandes estados de que era heredera, hizo voto de castidad, con intento de entrar en religión. Llegando el tiempo de casarla, ella se defendió con el voto. Acudieron sus parientes al Sumo Pontífice; mas a pesar de haber obtenido la necesaria dispensa, no se avino hasta que Ana la persuadió que accediera a lo que claramente era voluntad de Dios.

Contrajo matrimonio con su tío don Martín de Padilla; pero habiendo enviudado abrazó la reforma de Santa Teresa y murió en el Convento de Lerma ejerciendo el cargo de Priora.

CAPITULO III

LA CARMELITA DE MALAGON
(1576 - 1580)

Un palomarcito en Valladolid

Los deseos que se habían despertado en el alma de Ana, siendo niña, de ser religiosa, nunca se enfriaron; al contrario, fueron siempre en aumento. Mas, sobre todo, crecieron en estos últimos tiempos. El año 1568 había fundado Santa Teresa en Valladolid un convento de su Reforma, cuya fama de virtud y recogimiento se extendió por toda la ciudad. Ana vino en conocimiento de ello por medio de su confesor y quiso tratar de cerca a las Carmelitas Descalzas.

Hacia el Carmelo

Quedó tan prendada de ellas, y tan persuadida de que esta era su vocación, que desde aquel momento se resolvió a ponerlo por obra.

Tratólo primeramente con sus padres, a los cuales, por ser de singular piedad, no le fué difícil convencer.

Obtenido el permiso de sus padres solicitó su entrada en el convento de Valladolid. Alegres las re-

ligiosas escribieron a Santa Teresa, la cual contestó dándole a escoger para su ingreso los conventos de Medina, Valladolid y Malagón. Ana escogió este último, por estar más lejos.

La distancia de este lugar hubiera podido ser algún obstáculo para la pronta realización de sus deseos; mas pronto lo allanó la Divina Providencia por medio de la condesa de Buendía, doña Francisca de Mendoza, que, habiendo de pasar a Granada, ofreció llevarla consigo.

La hermana Ana de san Agustin

Llegaron a Malagón, donde las religiosas, avisadas por la Madre Teresa, recibiéronla, gozosas, en su compañía. El día 3 de Mayo de 1577, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, tomó el hábito de Carmelita Descalza, haciendo de madrina la Condesa. Ana, siguiendo la costumbre de la Reforma Carmelitana dejó el apellido de su casa, llamándose Ana de San Agustín. Contaba entonces 21 años, 4 meses y 22 días.

Haec requies mea

Como el afortunado mercader que ha encontrado la piedra preciosa, así rebosaba de placer nuestra Ana al haber hallado el reposo de su alma, que tanto tiempo había anhelado. Acostumbrada desde los seis años al pábulo de la oración, pudo satisfacer su hambre, como ella misma lo dice por estas palabras: «Con esta gran merced que Nuestro Señor me hizo, andaba tan absorta en oración y tan deseosa de estar mucho tiempo en ella, que, para poder mejor hacerlo, gozaba de las noches, estando todas enteras

en el coro, y otras veces en el corredor, gustando mejor a solas de aquel maná soberano».

Con tan *soberano maná* robustecía su ánimo esforzado, hasta el punto de no encontrar cosa ardua entre las asperezas de la Orden. Todo le parecía poco, comparado con sus fervores.

Pequeñeces

Mas no quiere decir esto que nada tuviese que vencer en la nueva vida que empezaba. Entre las prendas de vestir que le dieron al imponerle el hábito, la correa estaba vieja y remendada. Era Ana de San Agustín, como Santa Teresa de Jesús, discretamente aseada, por lo cual tuvo necesidad de no pequeño esfuerzo para aceptar de uso continuo aquella prenda que así contrariaba sus inclinaciones.

Desde el primer día empezó a ejercitarse en la más rendida obediencia. Además de sujetarse puntualmente a los dictámenes de la Maestra de Novicias, nada osaba hacer sin su previo beneplácito.

La cocinera

Entre los oficios domésticos en que la obediencia la ocupó durante el año de noviciado, recuerdan sus biógrafos, el de cocinera. Empleaba en su desempeño todas las horas del día, sin dejar por eso su acostumbrada oración por la noche.

Era tanta su intensidad y destreza en el trabajo, que las religiosas llegaron a pensar, en más de una ocasión, que estaba asistida por ministerios angélicos.

Caro autem infirma

Mas por grande que fuera su fervor y esforzada su voluntad, al fin hubo de rendirse su naturaleza. El excesivo trabajo, durante el día, el escaso e insuficiente descanso durante la noche, y, sobre todo, la intensidad con que reducía sus sentidos y potencias al trato con Dios, produjéronle una enfermedad que alarmó a las religiosas.

Todas las prescripciones facultativas resultaban ineficaces, por lo cual, algunas religiosas comenzaron a vacilar en dar la profesión a la novicia. Observando ésta la inquietud de aquéllas, y temiendo se frustrasen sus deseos de ofrecer sus santos votos, rogó a Dios le devolviera la salud. El Señor la oyó. Ana de San Agustín empezó a mejorar con alegría de las religiosas, y en breve, pudo volver a proseguir los pasados ejercicios.

El cerco diabolico

Esta alegría no duró mucho; pues fué turbada luego por otros sucesos que, no menos que la pasada enfermedad, preocuparon a las religiosas. Ana de San Agustín, cuya alma había entrado desde los primeros años en los caminos místicos, iba a ser sometida a una durísima purgación pasiva, que en Teología Mística llaman *cerco diabólico*.

Imposibles parecerían los trabajos así materiales como espirituales que la novicia tuvo que sufrir por parte del espíritu de las tinieblas, durante este tiempo de noviciado, si no supiéramos cuánto es el natural poder del diablo, cuando Dios se lo permite, y cuánto su odio a las almas de quienes vislumbra que han de encumbrarse a muy alta perfección.

La Noche oscura del sentido

De entre todas las pruebas que hubo de soportar, no fué la menor la aridez de espíritu en que la sierva de Dios se vió sumida. Parecíale que se encontraba sola y sin Dios, que el cielo la había abandonado y dejado a sus propias fuerzas. Pensamientos de infidelidad y desconfianza eran los que con más frecuencia se presentaban a su afligida alma; mas ninguno la apenaba tanto como el pensar que pudiera estar desamparada de Dios. Y aun con todo, admirábase en ella aquella vida intachable, aquella condición tan humilde y resignada, aquel rostro alegre entre tanto padecer, y aquella paciencia tan superior, como si nada acaeciera en su afligida alma.

Maria, aurora feliz

El Padre de las misericordias se compadeció, al fin, de ella. En la vigilia de la fiesta de la Concepción de nuestra Señora, sintió como que desaparecían todas las tentaciones y obscuridades del alma, sintióse renacer a nueva vida, y como que un río de dulzura inundaba su afligido corazón. Libre ya y triunfadora del demonio, después de tan largo y angustioso cerco, su alma quedó llena de alegría y paz. Seis meses había durado el cerco diabólico, muy suficiente por su duración e intensidad para rendir a cualquier alma que no hubiera poseído la fortaleza que Dios concedió a nuestra Venerable Ana.

La profesion de Ana

Entre tanto iba transcurriendo el tiempo del noviciado y se acercaba el de la profesión. Previnose

el dote. Dió la novicia trescientos ducados sin renunciar a su legítima. Hicieron la votación, y con gran alegría de las religiosas, y mayor de la Hermana Ana, hizo su profesión el 4 de Mayo de 1578. Dios concedió a su nueva esposa un período de bonanza en medio de la horrible tempestad que venía padeciendo. Con esto el día de su profesión fué para Ana de San Agustín uno de los más felices de su vida.

Santa Teresa en Malagon

El 25 de noviembre del año 1579 llegaba Santa Teresa de Jesús, acompañada de su enfermera la Beata Ana de San Bartolomé, después de un penosísimo viaje, al convento de Malagón. Entre las causas que motivaban la visita de la Santa una era el conocer la virtud de la Hermana Ana de San Agustín, y examinar, con las luces de su experiencia, los raros fenómenos de su espíritu. La Santa los había seguido con interés siempre creciente, informada por la frecuente correspondencia epistolar de las religiosas a quienes siempre había dado respuestas alentadoras. Ana, por su parte, cifraba en la Madre su seguridad y su paz. Amargos días había vivido, negras nubes se habían cernido sobre su alma. «Por este tiempo,—dice en su autobiografía,—me dejaba nuestro Señor padecer como a solas, que me sentía exterior e interiormente tan desamparada y sola, como si del todo me hubiera dejado mi Dios y entregado a los demonios. Mas no me dejaba el que me ayudaba a pasarlo, que sin su ayuda fuera imposible el pasar y tener vida. Y viéndome tan desconsolada, y acordándome de lo que me contaban que había pasado cuando profesé, vacilaba en si había si-

do gusto de nuestro Señor que yo profesase, no mereciéndolo».

Confidencias

Fácil será colegir cuál sería la primera entrevista entre Madre e Hija. Se habían amado, mucho antes de conocerse, y desde la primera mirada se compenetraron sus corazones. La Hermana Ana, que siempre había sido muy tímida para manifestar los favores de nuestro Señor (aun a sus mismos confesores), sintió dilatarse su confianza para con la Madre. «Me mandó,—dice,—que le diese cuenta de todas las cosas que me pasaban. Yo la obedecí, y por esta gran Santa Madre fuí consolada». No se contentó con esto Santa Teresa: aseguró también al confesor y descubrió a las religiosas los tesoros inapreciables de virtud que ocultaba esta alma, que desde entonces figuró en el número de sus hijas predilectas.

«Las lagartijas que salen al sol»

Otra de las causas porque vino la Santa a Malagón era su deseo de acomodar a sus hijas en buena casa. Hallábanse éstas, desde el año 68, en que provisionalmente entraron, en una casa mal situada y que carecía de todas aquellas comodidades que la Santa quería para sus monjas. Mucho hubo que trabajar para que la nueva casa se pusiera, con la brevedad que ella deseaba, en condiciones de ser habitada; pero, al fin, lo consiguió.

El día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, se trasladaron las monjas *como lagartijas que salen al sol*, en frase de Santa Teresa, con mucha solemnidad y regocijo del pueblo.

CAPITULO IV

UNA FUNDACION
(1580)

ELECCION DE FUNDADORAS

Habiendo determinado Santa Teresa, por mandato de nuestro Señor, llevar al cabo la fundación de Villanueva de la Jara, andaba muy preocupada acerca de las monjas que habría de llevar al nuevo convento. Se fundaba en circunstancias muy especiales, por lo cual todas las precauciones eran pocas.

En esta perplejidad acudió a su único recurso: la oración. Ordenó hacer una devota procesión para alcanzar del cielo el acierto necesario. Y el resultado, fué como se podía esperar del fervor de la Madre y de las hijas. Lo que a nuestra Venerable se refiere, nos lo cuenta ella misma: «Venía nuestra Santa Madre a fundar el convento de Villanueva de la Jara y estúvose en Malagón algunos días. Y uno, acabando de comulgar, llegué a darle el lavatorio, y díjome que si quería yo ir con ella a la fundación. Y le respondí que, en su compañía, aunque fuese al cabo del mundo iría. Y la Santa hizo una procesión, suplicando a nuestro Señor le diese a entender qué monjas gustaba sacase para aquella fundación. Y

después me dijo nuestra Santa Madre, que la primera que nuestro Señor le había señalado, fué a mí. Y así me llevó consigo». Del mismo convento trajo Santa Teresa, a Elvira de San Angelo para supriora de la nueva casa; y del convento de Toledo, a María de los Mártires para Priora, y a Constanza de la Cruz.

Separacion sensible

Reunidas las fundadoras llegó el día de partir. La despedida hubo de ser muy triste. Ana de San Agustín dejaba la casa que, con muchos trabajos, había ayudado a levantar y, sobre todo, dejaba a las hermanas con quienes había convivido, y que, con exquisita caridad, la habían ayudado a sufrir las pruebas que el Señor le había enviado. Pero tenía un gran confortativo para su dolor: iba en compañía de su Santa Madre, por expresa voluntad de Dios.

Partieron de Malagón el sábado antes de cuaresma, a 13 de febrero de 1580. A pesar de la estación, el tiempo se presentó templado y bonancible. Cuando la piadosa caravana salía del pueblo era todavía de noche. Desde el cielo las estrellas sonreían a las celestiales viajeras.

Un viaje como pocos

El viaje de Malagón a Villanueva de la Jara fué el más glorioso de cuantos anduvo la Santa Andariega. No hubo en él las incomodidades que la acompañaron en todos los otros: calores ardorosos, lluvias persistentes, malas noches en peores posadas, enfermedades, malos tratos de las gentes... Todo en este viaje fué por demás halagüeño. Su salud, como no había gozado en muchos años; el tiempo, apacible. En todos los lugares por donde pasó se le tributaron los mayores honores.

Las predilectas

Fácil será colegir cuán grato sería todo esto al corazón de nuestra Venerable Ana. La Santa la había asociado tan íntimamente que la llevaba en su mismo carro, y en las casas donde se hospedaban dormía en la misma habitación con la Beata Ana de San Bartolomé.

Armonias Celestiales

En una de ellas sucedió lo que cuenta Ana de San Agustín en las informaciones para la Canonización de Santa Teresa. «Durante la noche oímos una melodía que parecía venir del cielo; y en verdad, no era posible dudarlo, ya por su extraordinaria dulzura, ya también porque en aquel lugarejo no podía haber música semejante. Además de esto, lo que se percibía era como una música celestial en que agradecían a la Santa el camino que hacía por aquella fundación, con palabras que bien parecían del cielo».

«Ana de San Bartolomé, viendo que yo dormía, empezó a despertarme suavemente diciéndome que escuchase aquella melodía. Yo entonces la oí con toda claridad. Volviendo en mí, parecíame pasar del sueño al éxtasis. Y estaba encantada de aquella melodía extraordinaria que Ana de San Bartolomé me dijo que escuchase y de la suavidad con que ella me despertó, y yo la respondí al instante. Nosotras mutuamente quedamos convencidas que aquella música era una música del cielo».

En el Socorro

No menos satisfacción experimentaron todas al llegar al convento de los Carmelitas Descalzos, de Nuestra Señora del Socorro.

«Está esta casa en un desierto y soledad harto sabrosa, y, como llegamos cerca, salieron los frailes a recibir a su Madre Fundadora, con mucho concierto. Como iban descalzos, y sus capas pobres de sayal hiciéronnos a todos devoción... Parecían en aquel campo unas flores blancas olorosas... Entraron en la iglesia con un Te-Deum, y voces muy mortificadas».

Bien supieron agradecer los religiosos tan grata visita obsequiando generosamente a las fundadoras. «Recibieron a Nuestra Santa Madre (habla nuestra Venerable) con gran devoción y amor. Y nos tuvieron allí tres días, dándonos para la fundación ornamentos y cuanto ellos pudieron.

Y, entre otras cosas, le dieron un Niño Jesús medianito». Por medio de esta Sagrada Imagen, conocida con el nombre de el Niño Fundador, recibió la V. M. Ana señalados favores de Dios, como veremos en el decurso de su vida.

Recepcion honrosa

Al despuntar la aurora del día 21 de febrero de 1580, los atalayas puestos en la esbelta torre parroquial de Villanueva de la Jara, anunciaron a sus vecinos, con un alegre repique de campanas, la proximidad de las fundadoras. Los niños se adelantaron con gran devoción a su encuentro. Al llegar el carro donde iba la Santa con sus dos inseparables compañeras se arrodillaron, y, quitadas sus

caperuzas, iban delante hasta que llegaron a la iglesia.

Fueron recibidas por el Ayuntamiento en pleno, y por todo el Cabildo parroquial, corporaciones religiosas y todo el pueblo en masa. Entraron en la iglesia a los acordes vibrantes del órgano que interludiaba los versos del Himno ambrosiano, en acción de gracias. Terminado éste, se dispuso la procesión para acompañar a las fundadoras y llevar al Santísimo a su nueva morada. Todo el pueblo se asoció a este homenaje de amor y gratitud. Tenían las calles muy bien aderezadas, como si fuera día de Corpus, con sus altares. «Iba la procesión, dice Santa Teresa, con harta autoridad; nosotras con nuestras capas blancas, y velos delante del rostro, íbamos en mitad cabe el Santísimo Sacramento... Como era lejos, había muchos altares: deteníanse algunas veces diciendo letras de nuestra Orden, que nos hacía harta devoción, y ver que todos iban alabando al gran Dios, que llevábamos presente, y que por El se hacía tanto caso de siete pobrecillas Descalzas que íbamos allí» (1).

Remate feliz

Para que no faltara nada al regocijo de esta fiesta, el cielo quiso asociarse también a ella. «Había (dice Ana María de Santa Teresa, en el proceso de beatificación de Ana de S. Agustín) grande necesidad de agua; y, hecha la procesión, cayó en toda la comarca, que fué un año muy colmado».

---

(1) Lib. de las Fundaciones, Cap. XXVIII, 37.

Terminada la fiesta y despedida la gente entró la Santa con sus religiosas en la humilde casita. La puerta se cerró tras ellas. En los corazones de las de dentro y de los de fuera quedaba un remanso de tranquila satisfacción, por un deseo hondamente sentido y cumplidamente satisfecho.

CAPITULO V

UNA FUNDACION. (CONTINUACION)
(1580-1593)

LAS RECOGIDAS DE SANTA ANA

El lugar en donde se instalaba el nuevo convento teresiano era una ermita dedicada a la gloriosa Santa Ana, sita en las afueras del pueblo, con una casita y algunos almudes de tierra adjuntos (1).

(1) A la entrada del pueblo, del lado del poniente, en la carretera que une Casasimarro a Villanueva, está el convento de las Carmelitas Descalzas, que si sufrió mucho cuando la guerra de sucesión y con los acontecimientos políticos del siglo pasado, consiguió vencerlos, y se conserva hasta hoy en ejemplar pobreza y santa observancia. La casa de las Beatas, adosada a la ermita de Santa Ana, insuficiente para la comunidad hubo de ser agrandada por la V. Ana de S. Agustín, como más arriba se verá. Lo que hoy es locutorio, fué antiguamente ermita, muy baja de techos, y sobre ella estaba el oratorio donde rezaban el oficio las buenas Beatas, mal si atendemos a la pronunciación de las palabras, muy fervorosamente en cuanto al espíritu con que lo recitaban. Este oratorio todavía se conserva, y en él los restos de la V. Catalina de Cardona en la arquilla forrada de terciopelo rojo, que hicieron